

Dr. David A. DeSilva,

2 Pedro y Judas

Sesión 4

La carta de Judas, llena de alusiones oscuras y de polémicas acaloradas, aborda una situación turbia, quizá se encuentre apropiadamente al final del Nuevo Testamento. Allí suele permanecer, venerada, pero convenientemente olvidada. Judas no aparece en los leccionarios dominicales habituales.

Me imagino que rara vez se trata de estudios literarios en las iglesias. No se presta precisamente a momentos de devoción personal. Si las editoriales bíblicas dejaran de imprimir Judas, algunos tardarían bastante en darse cuenta.

La carta de Judas presenta varios desafíos al lector moderno. El primero es su brevedad. Disponemos de un margen muy reducido de apenas 25 versículos para adentrarnos en la vida de sus destinatarios y adentrarnos en la situación que aborda el autor.

Nunca conoceremos a este autor tan bien como podemos conocer a Pablo, o incluso a Santiago, o al anciano que nos dio 1, 2 y 3 de Juan. Por lo tanto, seguirá siendo más un conocido canónico que un amigo. La segunda es el enfoque de la carta en el juicio y la condenación.

Se trata esencialmente de una diatriba contra ciertas personas que han entrado en una congregación y han comenzado a aprovecharse de sus miembros, según el autor, para satisfacer su propia avaricia y deseos egocéntricos. Promover el juicio de Dios y una postura firme en torno a la práctica cristiana no se ajusta en absoluto a los valores de tolerancia y pluralismo del siglo XXI. En tercer lugar, las referencias, a menudo oscuras, del autor tanto a episodios del Antiguo Testamento como a imágenes en textos extrabíblicos.

El lector necesita tener acceso mental a una amplia gama de literatura judía anterior si desea apreciar plenamente esta breve carta. El cuarto punto es la recepción irregular de Judas a lo largo de la historia de la iglesia. La iglesia primitiva estaba dividida en cuanto a su autoridad.

En gran medida, debido a su atractivo para textos extrabíblicos. Lutero no estaba seguro de que fuera lo suficientemente valioso como para incluirlo en el Nuevo Testamento. ¿Qué ofrece Judas para justificar su inclusión en nuestro canon, incluso cerca de su final? A lo largo de este breve curso, espero demostrar que Judas hace al menos tres contribuciones vitales a la labor continua del discipulado y el ministerio.

En primer lugar, Judas refuerza la convicción, promovida a lo largo del Nuevo Testamento, de que la gracia de Dios en Jesucristo tiene un propósito: nuestra liberación de las pasiones y los deseos de nuestro viejo ser y nuestra transformación en un nuevo ser que permanecerá irreprochable ante Dios. Cualquier otra respuesta a la gracia de Dios, cualquier otro uso de la gracia de Dios, equivale a negar a nuestro único amo y Señor Jesucristo, según Judas. Judas habría aprobado el énfasis de John Wesley en que Dios obra para salvarnos no

solo de la pena del pecado, sino también del poder del pecado, para que podamos vivir en santidad y justicia ante él.

En segundo lugar, Judas nos recuerda nuestra responsabilidad ante Dios, es decir, la certeza del juicio divino. Vincula esto particularmente con la integridad ministerial, y por lo tanto nos plantea constantemente la importante pregunta: ¿nos dedicamos a la religión para servir a los propósitos de Dios para el pueblo que Él nos ha confiado, o para servir a nuestros propios intereses, ya sean las pasiones más evidentes o las tentaciones más sutiles del ego y el pan de cada día? Los escándalos que han sacudido a tantas denominaciones y algunas iglesias no denominacionales, avergonzando ampliamente al evangelio, nos recuerdan que estos peligros son omnipresentes. En tercer lugar, Judas nos recuerda nuestra responsabilidad mutua y nuestra responsabilidad de rendirnos cuentas mutuamente.

Esto contradice la corriente, especialmente en las iglesias occidentales del siglo XXI, donde el derecho individual a la autodeterminación, libre de la intervención opresiva de otros, es un valor cada vez más prominente. Judas nos dirige una palabra contracultural, animándonos a intervenir para restaurar a los hermanos y hermanas en el Señor que se mueven en una dirección contraria a la que la gracia de Dios nos impulsaría, y nos hace humildes para escuchar cuando somos objeto de tales intervenciones. Tan solo por estas contribuciones, la carta de Judas seguiría mereciendo una escucha atenta y cuidadosa.

La primera palabra de la epístola es la más debatida: Judas, Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago. Judas era un nombre muy común, heredado del de uno de los doce patriarcas, quien, de hecho, dio su nombre a la entidad política más longeva del antiguo Israel, el reino meridional de Judá. Encontramos a varias personas llamadas Judas en el Nuevo Testamento.

Judas el Galileo fue un revolucionario. Judas, hijo de Santiago, uno de los discípulos. Judas, no Iscariote, como leemos en Juan.

Por supuesto, Judas Iscariote aparece. Pero también encontramos en el Libro de los Hechos a Judas de Damasco, a Judas Barsabás, y de nuevo en los Evangelios a Judas, medio hermano de Jesús y hermano de Santiago, José y Simón, así como hermano de dos o más hermanas anónimas. La presentación del autor como esclavo de Jesucristo y hermano de Santiago apunta claramente a este último de estos judíos, ya que uno solo se identificaría con un hermano en lugar de con un padre si este fuera notablemente prominente en su círculo social.

Santiago, medio hermano de Jesús, parece no haber estado firmemente integrado en el círculo de seguidores de Jesús hasta después de la resurrección, después de que Jesús se le apareciera resucitado, como leemos en 1 Corintios 15, versículo 7. Sin embargo, Santiago emergió rápidamente como líder de la Iglesia de Jerusalén, sobre todo para la época de la visita de Pablo a Jerusalén, que relata en Gálatas 2:1-10. Santiago también aparece con un papel destacado en la Conferencia de Jerusalén de Hechos 15, donde pronuncia la última palabra. Y de nuevo en Hechos 21, donde da instrucciones a Pablo para disipar las sospechas de los judíos cristianos hacia Pablo y su misión.

Particularmente durante el siglo XIX, el auge de la crítica histórica invitó a los académicos a reabrir las cuestiones de autoría de todos los escritos del Nuevo Testamento. Judas no fue la excepción. Actualmente es frecuente encontrar comentarios que sugieren que esta breve carta no fue compuesta por el propio Judas, sino por un autor posterior en nombre de Judas.

Revisaremos brevemente los argumentos en contra de la autenticidad de la carta y mis propias razones para interpretarla como una composición auténtica del medio hermano de Jesús, Judas. El primer argumento en contra de la autenticidad de esta breve carta se basa en las alegaciones de que muestra indicios de una autoría de finales del siglo I o principios del II. Tres características en particular ...

Este argumento, sin embargo, me parece el menos convincente y, de hecho, uno que debería haberse descartado hace mucho tiempo, ya que Judas no comparte ninguna de las características que supuestamente reflejan composiciones postapostólicas. La primera característica es una menguante expectativa del regreso de Cristo. Judas, sin embargo, exhibe una viva expectativa, al menos de la intervención decisiva de Dios para juzgar al mundo.

Si bien Judas no insiste en su proximidad temporal, tampoco hay nada que sugiera lo contrario, y ciertamente nada que sugiera un retraso en el cumplimiento de estas expectativas, como encontramos, por ejemplo, en 2 Pedro, que aborda explícitamente el problema de la percepción de un retraso en el regreso de Cristo y el juicio de Dios. La segunda característica es una apelación a la jerarquía eclesiástica para resolver los problemas en las congregaciones locales, como se encuentra en las cartas de Ignacio de Antioquía, quien escribió sus cartas alrededor del año 110 d. C. Sin embargo, tales apelaciones no aparecen en la carta de Judas.

Ni siquiera se mencionan los oficios eclesiásticos. La tercera característica es la supuesta degeneración del uso de la palabra fe, de un término relacional dinámico a uno que se refiere a un conjunto de doctrinas. Este criterio es particularmente problemático por dos razones.

En primer lugar, la fe se utiliza para describir un conjunto de convicciones y un estilo de vida desde los inicios de la historia de la Iglesia. Aparece en este sentido ya en Gálatas, capítulo 1, versículos 23 y 24, donde Pablo recuerda cómo los cristianos de Judea hablaban de él ya en el año 40 d. C. Yo aún era un desconocido para las iglesias de Judea que están en Cristo.

Solo oían decir: « El que antes nos perseguía, ahora predica la fe que antes intentaba destruir». Aquí, la fe claramente no es un término relacional, sino un término que denota un conjunto de convicciones y un patrón de práctica que define el movimiento al que Pablo se había opuesto anteriormente. Este criterio particular también privilegia el uso más típico que Pablo hace de la fe como un término relacional de confianza entre el cristiano y Jesús, frente a otros usos, como temprano y más vibrante frente a tardío y más petrificado.

Sin embargo, cabe destacar que incluso Pablo puede usar la fe en el mismo sentido que los cristianos judíos que citó en Gálatas 1:23. En Filipenses 1:27, por ejemplo, leemos: «Solamente que su conducta sea digna del evangelio de Cristo, para que, ya sea que vaya a verlos, o que esté ausente, pueda oír que se mantienen firmes en un mismo espíritu,

luchando unánimes por la fe del evangelio». Usar la fe para denotar el contenido del mensaje del evangelio era apropiado entonces en cualquier época, ya fuera temprana o tardía.

Dondequiera que se oponga o defienda el evangelio, la fe es el contexto. El nivel de griego de la carta también se cita a menudo como indicio de que alguien distinto del Judas histórico la escribió. ¿Habría sido capaz el hijo de un artesano galileo de escribir en griego como el que encontramos en esta carta? En realidad, no tenemos conocimiento directo del oficio y la profesión de Judas antes, y posiblemente junto con su ministerio, de si pudo haber sido tal que le exigiera adquirir mayor fluidez en el griego, la segunda lengua de Galilea.

Podríamos suponer que participó en el negocio familiar de construcción y carpintería, pero esto no deja de ser una simple suposición. No era un hecho que todos los miembros de la familia participaran en el negocio paterno, y es posible que no hubiera suficientes negocios para sostener a tantos miembros de la familia. Algunos estudiosos también suelen pasar por alto la experiencia de Judas en Jerusalén, en el centro de un movimiento religioso en una ciudad multilingüe.

Santiago, Judas y los demás líderes del movimiento cristiano primitivo habrían tenido contacto regular con judíos de habla griega de la diáspora, residentes en Jerusalén o que asistían esporádicamente a las grandes fiestas de peregrinación. Judas también tenía experiencia como misionero. Eusebio, citando a Julio el Africano, figura del siglo III, habla de los familiares de Jesús como misioneros en Galilea.

Había varias ciudades en Galilea donde la predicación y la enseñanza en griego habrían sido sumamente útiles, si no esenciales, como Séforis, Tiberíades y Betsaida Julio. Si su misión se extendía a las ciudades de la Decápolis, como Escitópolis, que los judíos galileos pasaban de camino a Jerusalén si no pasaban por Samaria, o Gadara o Hipos, ambas frente al mar de Galilea, habría sido necesario un mayor dominio del griego. Pablo sugiere que los hermanos de Jesús tenían una misión aún más amplia.

Habla a sus conversos corintios de los demás apóstoles y hermanos del Señor que operaban como misioneros y maestros itinerantes, acompañados en sus viajes por sus esposas, a quienes las iglesias también apoyaban, esperando que estos creyentes corintios estuvieran familiarizados con esta práctica. Esto se puede encontrar en 1 Corintios 9, versículo 5. El ministerio en cualquiera de estas áreas habría obligado a Judas, independientemente de su vocación anterior, a profundizar en su comprensión del griego. La carta de Judas muestra un amplio vocabulario griego, pero no un estilo griego excepcional.

Y se reconoce generalmente que es más fácil adquirir vocabulario que lograr naturalidad al expresarse en un segundo idioma. También existe la posibilidad, de hecho la probabilidad, de que Judas buscara la ayuda de otros cristianos más familiarizados con la lengua y la composición griegas, como Judas escribió a los conversos de habla griega. Finalmente, algunos eruditos han objetado la autenticidad de la carta argumentando que Judas, en los versículos 17 y 18, recuerda la muerte de los apóstoles al narrar la historia.

Pero deben recordar, amados, las predicciones de los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo. Les dijeron que, en el último tiempo, habrá burladores que seguirán sus pasiones impías. Sin

embargo, una lectura más atenta muestra que se les dice explícitamente a los oyentes que recuerden lo que dijeron los apóstoles, no que los recuerden como si estuvieran muertos.

Esta última es una posible inferencia, pero nada la hace probable, ni mucho menos necesaria. Por lo tanto, estos versículos no implican ninguna fecha. Además, el autor presupone que su público habrá escuchado estas palabras de labios de los apóstoles, situando al menos algunas de ellas, con toda naturalidad, en la primera generación de la Iglesia.

Un indicio potencialmente positivo de autenticidad se manifiesta en el arraigo de la carta en las tradiciones judías palestinas. Las frases bíblicas que incorpora el autor tienden a reflejar el texto hebreo del Antiguo Testamento con mayor precisión que la Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento ampliamente utilizada entre los judíos de habla griega del Mediterráneo oriental. Por ejemplo, Judas 12 describe a los intrusos como, cito textualmente, *nubes sin agua impulsadas por los vientos*.

En el texto hebreo de Proverbios 25:14, la persona jactanciosa se compara con *nubes y vientos sin lluvia*. Sin embargo, en la Septuaginta, la persona jactanciosa es simplemente como *vientos, nubes y lluvias*, omitiendo la característica principal de la imagen original: una tormenta impetuosa que no produce nada útil. En Judas, versículo 13, los intrusos son llamados *olas salvajes del mar*, que desentierran su degradación como la espuma del mar.

Nuevamente, esto refleja el texto hebreo de Isaías 57, versículo 20, donde se compara a los malvados con el mar embravecido cuyas aguas arrojan *cieno y lodo*. La versión de la Septuaginta de este versículo carece de la poderosa imagen de un mar agitado que revuelve el lodo del fondo. Allí, en la Septuaginta, los malvados simplemente, y cito, serán sacudidos por las olas y no podrán descansar.

Lo más impactante es el uso que hace el autor de Primera de Enoc, un texto que parece haber sido compuesto y leído ampliamente en Palestina. Este es un tema que abordaremos más adelante con mayor profundidad a medida que avancemos en la carta. El autor también parece estar familiarizado con tradiciones extrabíblicas sobre figuras bíblicas como Caín, que también se encuentran en textos palestinos, como los targumim arameos, paráfrasis arameas de las escrituras hebreas.

En cuanto a la fecha de la carta, no existen indicios internos claros, salvo la prominencia de Santiago, lo que presupone una época posterior a la partida de Pedro de Jerusalén y su ascenso al liderazgo. Por otro lado, la probable vida de un hermano menor de Jesús. Por lo tanto, podríamos suponer que este texto se escribió en cualquier momento entre el 50 y el 80 d. C.

La ausencia de cualquier referencia a la permanencia del templo o a su destrucción no es útil para la datación. Los argumentos basados en el silencio son siempre precarios, especialmente cuando se aplican a una carta del tamaño de una postal. Trataremos esto, pues, como una carta genuina de Judas, esclavo de Jesucristo y hermano de Santiago, como dice el autor en el primer versículo.

Cabe destacar, por un lado, la modestia de llamarse solo hermano de Santiago, aunque esto también lo conecta con el líder del movimiento de Jesús en Judea, y con un esclavo, en lugar

de un hermano de Jesús, el Señor, tanto del autor como del público. Si bien la esclavitud representa el estatus más bajo en el orden social del primer siglo, un esclavo también puede funcionar como un título honorífico para quienes afirmaban servir a Dios con una devoción particularmente firme y que afirmaban pertenecer a Dios. Moisés, Josué y David son identificados como esclavos de Dios en las escrituras judías.

Los profetas cristianos son, en general, esclavos de Dios en el libro del Apocalipsis, lo que les otorga autoridad como personas que impulsan los propósitos de Dios en la tierra. Pablo, Santiago y Juan, el autor del Apocalipsis, también se identifican como tales. Judas se dirige a los convocados, amados en Dios Padre y guardados en Jesucristo.

Judas nos dice muy poco sobre su audiencia. No nos indica la ubicación de sus congregaciones, como Pablo lo hace con bastante frecuencia. No proporciona información directa sobre su composición étnica.

El contenido de esta breve carta presupone que el público estará familiarizado con las tradiciones judías sobre Caín, los ángeles caídos y Moisés, que no se encuentran en las escrituras canónicas. También presupone cierto grado de familiaridad y respeto por el Primer Enoc, que se originó en los círculos judíos palestinos y se sabía que tenía autoridad en ellos. Era, por ejemplo, un texto de gran autoridad en la comunidad de Qumrán y, por lo tanto, probablemente de gran autoridad en todo el movimiento esenio.

Esto podría llevar a sospechar que la audiencia estaba compuesta principalmente por cristianos judíos de habla griega, quienes estarían más expuestos a estas tradiciones, aunque también podría haber una presencia sustancial de gentiles conversos, personas como Cornelio y su familia, quienes encontramos en Hechos 10, residentes en Cesarea junto al mar. Una audiencia en Palestina también concordaría bien con la esfera de influencia y supervisión ejercida por los familiares de Jesús. Si bien las personas en las aldeas más rurales de Palestina probablemente no habrían sido susceptibles a la relajación de las normas morales que Judas aborda, los cristianos en los centros urbanos de Galilea o las llanuras costeras, rodeados y, en algunos casos, abandonados por ellos mismos, de prácticas de vida griegas y no judías, bien podrían haberse sentido tentados a experimentar.

Habría sido en los centros urbanos donde habría sido más atractiva la introducción de la cultura de los simposios griegos, que implicaba una mayor libertad para comer, beber y compartir en la comida ágape de los cristianos. Un público urbano en Palestina también explicaría por qué Judas escribió en griego en lugar de arameo. Esto, por supuesto, es cuestión de conjeturas de los eruditos, ya que, una vez más, el propio Judas nos dice muy poco sobre sus destinatarios.

Lo que sí nos dice de su audiencia es lo que les dice de sí mismos. Son, cito, aquellos que son convocados o llamados, invitados, amados en Dios Padre y guardados en Jesucristo. Como es omnipresente en la iglesia primitiva, Judas usa un lenguaje que antes se aplicaba al Israel histórico para describir al cuerpo en particular. reunidos en torno a la fe en Jesús, en torno a la fe confiada una vez para siempre a los santos.

A menudo se habla de Israel como el pueblo al que Dios ha llamado o invitado a ser su propio pueblo. Se dice que Dios ama a Israel o lo considera amado. Pero los destinatarios también se mantienen en Jesucristo.

La idea de ser guardados con un fin específico surgirá como tema destacado en esta breve carta. En el versículo 21, Judas insta a los oyentes a mantenerse en el amor de Dios del que disfrutaban actualmente. Los maestros intrusos, por otro lado, también son guardados por Dios, salvo por la oscura penumbra del inframundo en el versículo 13, ya que actúan con el mismo espíritu que los ángeles caídos que no se mantuvieron en su reino, sino que cruzaron los límites que Dios había trazado, y por lo tanto ahora se mantienen encadenados eternamente en esa misma penumbra, como encontramos en el versículo 6. Con el segundo versículo, «Que la misericordia, la paz y el amor les sean multiplicados», Judas completa la fórmula típica con la que se inicia una carta en el mundo del primer siglo.

Esta fórmula, «remitente a destinatario, saludos», se expresaba con frecuencia de forma muy concisa, como encontramos en las cartas helenísticas, muy conservadas en 1 y 2 Macabeos, por ejemplo, pero también en cientos de papiros no literarios que han salido a la luz en las arenas de Egipto. Judas, al igual que otros líderes cristianos primitivos, amplía cada elemento. Aquí, la simple palabra «saludos» se sustituye por un deseo de misericordia, paz y amor, presumiblemente con Dios como fuente de cada experiencia, para que repose sobre los oyentes.

Junto con la alentadora descripción que hace Judas de la audiencia como guardada y amada, este deseo da una fuerte seguridad de la buena voluntad de Judas hacia aquellos a quienes se leerá su carta, inclinándolos también, de paso, hacia él y hacia su advertencia. Tanto el amor como la misericordia generan una serie de resonancias a lo largo de la breve carta. Judas retoma el tema de la misericordia en las exhortaciones finales, instando a los oyentes a mantener la esperanza puesta en la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, que conduce a la vida eterna, y a extender la misericordia a sus hermanos y hermanas que ven desviarse del camino que lleva a la vida.

De igual manera, la descripción inicial de los oyentes como amados y el deseo de que continúen experimentando el amor de Dios se ven respondidos por repetidas alocuciones a la audiencia como amados a lo largo de la carta y la exhortación a mantenerse en el amor de Dios, andando en los caminos de santidad y fidelidad a los cuales la gracia de Dios los llamó. Estos versículos iniciales sirven, por lo tanto, para marcar claramente el género de la carta, pero también para cumplir dos requisitos principales de un inicio sólido en cualquier discurso. Primero, establecer la autoridad y la buena voluntad del orador, y segundo, abordar algunos de los temas clave del discurso.

Aunque se agrupa con las llamadas epístolas católicas, aquellas que, como Santiago y 1 Pedro, están verdaderamente dirigidas a un público amplio, Judas en realidad aborda un problema y una situación muy específicos: la aparición de maestros externos a una congregación o grupo de congregaciones en particular. Amados, mientras me esforzaba por escribirles acerca de la salvación que compartimos, me fue necesario escribirles para exhortarlos a contender firmemente por la fe que ha sido transmitida a los santos de una vez por todas. Porque algunos se han infiltrado, destinados desde hace mucho tiempo para esta condenación, impíos que transforman la gracia de nuestro Dios en desvergonzada autocomplacencia, y niegan a nuestro único Señor y Maestro, Jesucristo.

Judas llama a sus oyentes amados varias veces en esta breve carta, una y otra vez en los versículos 17 y 20. Estas afirmaciones de sus vínculos afectivos con ellos probablemente servirán para reforzar la confianza y la seguridad de la buena voluntad de Judas, en marcado contraste con estos otros maestros que actúan por motivos egoístas en lugar de por amor genuino a los creyentes. Judas da la impresión de haber estado escribiendo una carta muy diferente, una que nos habría gustado mucho recibir, ya que habría contenido una declaración más completa sobre lo que el medio hermano de Jesús entendía como el mensaje del evangelio y la esperanza que este traía.

Esto también es una muestra de la buena voluntad de Judas hacia los oyentes. Ya los tenía presentes a ellos y a su fe, y ya se había dedicado a cimentarlos en ella. Sin embargo, los acontecimientos actuales, en concreto la llegada y el impacto de maestros itinerantes en las congregaciones que eran su área de preocupación, lo llevaron a intervenir con mayor urgencia en favor de los creyentes, cuyo bienestar espiritual le preocupaba profundamente.

Siempre hubo una variedad de maestros moviéndose entre la red de congregaciones cristianas. En Gálatas, encontramos que maestros rivales de Pablo se establecieron o intentaron establecerse entre sus conversos en la provincia de Galacia. En 2 Corintios, encontramos de nuevo maestros rivales que buscan integrarse en las congregaciones de Pablo en Corinto.

Encontramos maestros de nuevo tras la situación de Judas, y los encontraríamos también en la situación de 2 Pedro. Al leer Apocalipsis, vemos a maestros, a quienes el vidente llama Jezabel o los nicolaítas, imponiéndose y afirmando su visión de la práctica cristiana en las iglesias de la provincia romana de Asia. El uso que hace Judas de las imágenes de estos maestros infiltrándose o escabulléndose, en el versículo 4, indica claramente que provenían de fuera de la congregación o congregaciones.

En el versículo 8, Judas habla de los errores de estos maestros, derivados de sus sueños, lo que sugiere que, como tantos gurús espirituales del mundo grecorromano, basaban su enseñanza y autoridad en la revelación extática, en la pretensión de estar en contacto directo con lo divino y recibir comunicaciones directas y autorizadas de Él. La imagen del pastoreo que aparecerá en el versículo 12 sugiere que estos intrusos son personas que se presentan y actúan como maestros o líderes espirituales. Judas insta a sus oyentes a la urgencia de contender por la fe, las convicciones sobre las intervenciones de Dios y sobre el camino de vida que halla misericordia ante Dios que han compartido, tanto más cuanto que esto representa el propio depósito de la verdad reveladora de Dios a la comunidad de los Santos.

Podemos observar cómo la forma en que Judas formula los versículos 3 y 4 posiciona a los oyentes junto a él y en contra de estos intrusos. Judas y los destinatarios disfrutaban de una salvación compartida que, según se desarrolla la carta, no comparten estos maestros. Judas también se presenta a sí mismo y a sus oyentes como defensores de la fe, mientras que los intrusos emergen como un peligro claro y presente para la integridad de la fe, entendiendo de nuevo la fe como un conjunto de enseñanzas reveladas que moldean tanto las convicciones como la práctica.

De hecho, Judas discrepará más con la práctica ética del maestro que con su doctrina. En los siglos XIX y XX era común presentar a los adversarios de Judas como gnósticos, pero con base en muy pocas pruebas y una comprensión bastante errónea de cómo se desarrolló realmente el gnosticismo. No existe evidencia real de una controversia cristológica tras la carta de Judas, como la que vemos tras 1 y 2 Juan.

Negar a nuestro único Maestro y Señor Jesucristo probablemente refleja la falta de interés de estos maestros en obedecer a Jesús, en lugar de confesarlo. Jesús mismo fue recordado para afirmar la inseparabilidad de la confesión y la obediencia práctica. "¿Por qué me llaman Señor, Señor, y no hacen lo que les digo?". Su presencia en las fiestas de amor de los creyentes sugiere fuertemente que estos maestros se identificaban como cristianos.

Pero, afirma Judas, la trayectoria de sus vidas sugiere lo contrario. El versículo 4 identifica su principal fracaso y, por lo tanto, el principal peligro que representaban para las congregaciones de Judas. Este fue su negativa a alinearse con los propósitos de Dios para el favor que Él había extendido a los desobedientes.

La gracia de Dios no da licencia para la autocomplacencia. Más bien, brinda la oportunidad y los medios para la liberación en el juicio final. Dios ofrece su gracia con el fin, como lo expresa Judas en el versículo 24, de evitar que tropiecen y de hacerte permanecer irreprensible con gran alegría ante su gloria.

Los oyentes de Judas habrían apreciado la injusticia, la afrenta inherente a aprovecharse de la generosidad de quien da y usar su favor para fines contrarios a sus intenciones y propósitos. Los cristianos del siglo XXI estamos culturalmente alienados de la ética de dar y devolver el favor, la ética de dar bien y recibir bien, tanto al honrar el regalo como al honrar el vínculo de lealtad con el dador al buscar a cambio promover sus intereses. Judas acusa a los intrusos de violar este vínculo sagrado, de pervertir la generosa bondad de Dios al perdonar en lugar de castigar los pecados, haciendo espacio en sus vidas y, muy posiblemente, alentando a otros creyentes a hacer también espacio en sus vidas para prácticas autocomplacientes en lugar de honrar a Dios.

La idea de que la gracia de Dios implicaba indulgencia, aunque muy alejada del evangelio apostólico, estaba bastante extendida en las iglesias del primer siglo. El propio Pablo tuvo que corregir las implicaciones que sus propios conversos extraían de su evangelio libre de ley. Cabe recordar cómo, por ejemplo, tuvo que abordar la libertad sexual que algunos corintios tomaban, así como la excesiva libertad para participar de nuevo en los banquetes celebrados en los terrenos de los templos de los ídolos.

Los profetas y maestros de algunas de las iglesias a las que se dirige el Apocalipsis, como los creyentes de la Corinto de Pablo, también enseñaban que los creyentes podían dar cabida a la idolatría para llevarse bien con sus vecinos. El propio Pablo fue acusado de promover dicha autocomplacencia, contra la cual se defiende vigorosamente en su carta a los cristianos de Roma, destacando la transformación moral que su evangelio promovía. Los intrusos contra los que escribe Judas podrían haber tenido esa mentalidad también, o podrían haber sido simplemente esponjas carismáticas que buscaban oportunismo y más de parte de cristianos crédulos.

El autor pagano del siglo II, Luciano, habla de cierto Peregrino, quien logró aprovecharse de una congregación cristiana de esta manera durante bastante tiempo antes de que se descubriera su insinceridad. Judas presenta a estos intrusos como si no fueran mejores que los muchos otros charlatanes que vendían sus filosofías o religiones en el mercado, buscando lucrarse con sus víctimas, sin dejar nunca de complacer tanto el vientre como los lomos. Identificar a estos intrusos como impíos en el versículo 4 introduce un vínculo verbal que los conecta con los objetos del juicio de Dios en las predicciones de 1 Enoc que encontraremos en el versículo 15 de la carta de Judas, y con los falsos maestros contra los que los apóstoles habían advertido, como los que encontramos en el versículo 18 de esta carta.

Judas añade que estos intrusos fueron, y cito, señalados hace mucho tiempo para esta condenación en el versículo 4. La afirmación de que están sometidos al juicio de Dios y destinados a experimentarlo obviamente sirve para cuestionar, como mínimo, la ventaja de seguir tolerando su influencia. Judas los señala como personas descarriadas y miopes que deben ser reevangelizadas y redimidas, en lugar de voces a las que prestar atención. Gran parte de la carta de Judas se dedicará a demostrar mediante ejemplos históricos, tomados principalmente de las Escrituras que comparten, que quienes se comportan como estos intrusos terminan mal cuando Dios interviene para pedirles cuentas.

Caín, Balaam, Coré y su séquito, los ángeles rebeldes, el pueblo de Sodoma, la generación del Éxodo, todos ellos sirven como advertencias contra seguir el camino de estos intrusos y como una advertencia para ellos del fin que les espera si continúan en su camino. Judas también puede sugerir, con un fuerte lenguaje del destino, que los intrusos desempeñan un papel para el cual, de hecho, estaban destinados, pues los apóstoles habían predicho que tales personas surgirían entre los fieles.

Su guion se había escrito antes de su aparición entre los fieles a quienes se dirige Judas. El final de su arco argumental ya es bien conocido por la historia. La situación que dio origen a esta carta de Judas refleja el contexto más amplio del resurgimiento de la profecía dentro del movimiento cristiano primitivo.

La iglesia primitiva estaba convencida de haber experimentado, en cada lugar donde se formó, un nuevo derramamiento del Espíritu y su manifestación en dones carismáticos, notablemente orando o hablando en lenguas extrañas, pronunciando palabras proféticas aparentemente provenientes del Señor, etc. Esto se refleja en pasajes como Gálatas 3, versículos 1 al 4; 1 Corintios 2, versículos 1 al 5; y Hebreos capítulo 2, versículos 3 y 4, todos los cuales evocan la mayor conciencia de la actividad del Espíritu Santo en la congregación. Esto también se refleja en Hechos, especialmente en Pentecostés y el sermón de Pedro en Pentecostés, o en los ministerios de los apóstoles en Samaria, o en el episodio de Cornelio en Hechos capítulo 10.

Por lo tanto, era importante comprobar lo que se decía en el Espíritu para certificar que, de hecho, era una palabra confiable del Señor. Así encontramos en las cartas de Pablo: No desprecien las profecías, sino examínenlo todo. Aférrense a lo bueno.

Que hablen dos o tres profetas, y que los demás evalúen lo que se dice. Jesús mismo advirtió contra los falsos profetas cuyas palabras podrían estar en consonancia con la

verdad, pero cuyos motivos eran egoístas y perjudiciales para la salud de la comunidad. Cuídense de los falsos profetas que se presentan ante ustedes con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces.

Los reconocerás por sus frutos. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los cardos? Así, todo árbol sano da buen fruto, pero el árbol enfermo da mal fruto. Un árbol sano no puede dar mal fruto, ni un árbol enfermo puede dar buen fruto.

Todo árbol que no da buen fruto es cortado y arrojado al fuego. Así, los reconocerán por sus frutos. Los discípulos deben examinar los resultados de la obra de estos profetas entre ellos para determinar si son genuinos.

Pablo advirtió a los cristianos de Colosas que la jactancia de un maestro de haber tenido visiones de ángeles o incluso de llevar un estilo de vida austero era suficiente para protegerse del fraude. La autoridad genuina solo provenía de la conexión de un maestro con Cristo. El autor de 1 Juan, escribiendo tras una dolorosa división en la iglesia, ofreció pruebas tanto éticas como doctrinales.

Los maestros que no reconocían que Jesús era el Cristo encarnado o que no reflejaban un amor sincero por sus hermanos no eran conmovidos por el espíritu de Dios. Más tarde, en el siglo I o principios del II, un manual sobre la liturgia cristiana dedicada al Espíritu Santo y las tres órdenes y éticas de la iglesia, conocido como la Didaché (que en griego significa «enseñanza»), dedicó tres de sus dieciséis capítulos a la cuestión de acoger, apoyar y evaluar a los profetas itinerantes. Se les debía dar considerable libertad y respeto, pero si solicitaban dinero o regalos mientras fingían hablar en el espíritu, debían ser expulsados.

Además, se les limitó a tres días de sustento a expensas de la comunidad para que no se convirtieran en esponjas permanentes ni en una posible perturbación del liderazgo local. Los dones espirituales no debían convertirse en un sustento permanente. La carta de Judas es una ventana más a este fenómeno: ayudar a las congregaciones a discernir y aprender cómo ellas mismas pueden discernir al maestro confiable de aquel que las desviará de la fe transmitida de una vez por todas a los santos y de la dirección que esta fe las impulsaría en sus propias vidas.